

# CUENTOS COMPLETOS

## 1907-1913

\*



VOCES / LITERATURA



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Nuestro fondo editorial en [www.paginasdeespuma.com](http://www.paginasdeespuma.com)

D. H. Lawrence, *Cuentos completos 1907-1913*

Primera edición: octubre de 2022

ISBN: 978-84-8393-321-3

Depósito legal: M-10971-2022

IBIC: FYB

© De la traducción: Amelia Pérez de Villar, 2022

© De las ilustraciones de cubierta e interior: Arturo Garrido, 2022

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2022  
c/ Madera 3, 1.º izquierda, 28004 Madrid

Teléfono: 915 227 251

Correo electrónico: [info@paginasdeespuma.com](mailto:info@paginasdeespuma.com)

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

D. H.  
**LAWRENCE**

**CUENTOS COMPLETOS**  
**1907-1913**

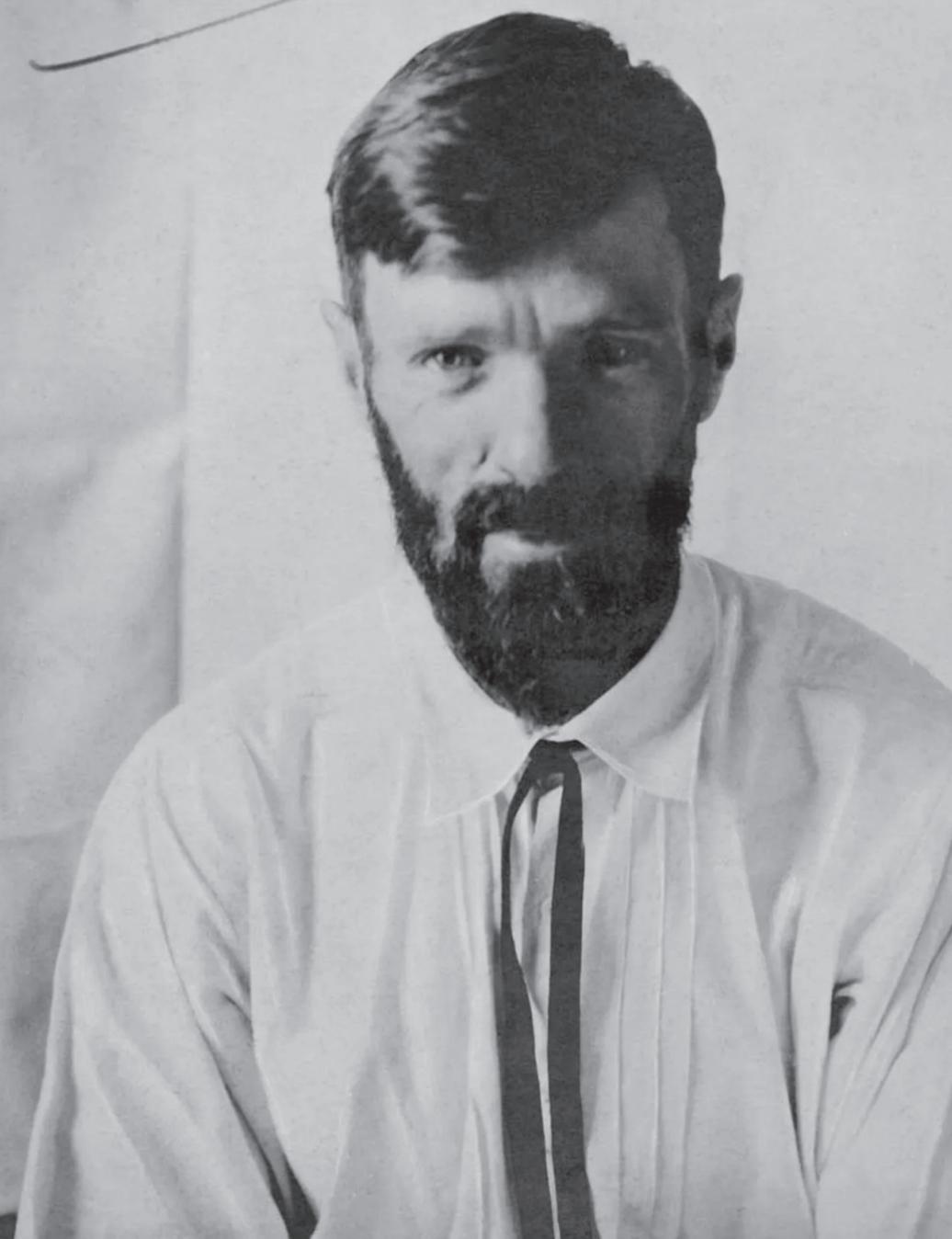
\*

*Traducción*  
*de Amelia Pérez de Villar*

*Ilustraciones de Arturo Garrido*



D. H. Lawrence



## ÍNDICE

PRÓLOGO. EL HIJO DEL MINERO, <i>por Amelia Pérez de Villar</i> . . . . .	IX
ORIGEN DE LOS TEXTOS . . . . .	XVII
Preludio . . . . .	3
La media blanca . . . . .	17
Feria de ocas . . . . .	43
Lección con galápago . . . . .	55
Los conejos de Lessford . . . . .	63
Una piedra en el zapato . . . . .	71
Dalila y el señor Bircumshaw . . . . .	79
Un amante moderno . . . . .	91
El aroma de los crisantemos . . . . .	119
Bruja <i>à la mode</i> . . . . .	143
El viejo Adán . . . . .	163
Las hijas del vicario . . . . .	183
De segundo plato . . . . .	243
Amor en los almiares . . . . .	253
Un fragmento de vidriera . . . . .	297
Los colores de la primavera . . . . .	309
Una sombra en la rosaleda . . . . .	327
Un minero en casa . . . . .	343
Ahora le toca a ella . . . . .	349
Subsidio de huelga . . . . .	357
Solo una vez . . . . .	369
Un minero enfermo . . . . .	381
El bautizo . . . . .	389
Un camino de rosas . . . . .	401
Nueva Eva, viejo Adán . . . . .	419
El oficial prusiano. (Honor y armas) . . . . .	447
Una espina en la carne . . . . .	473
El torbellino de la vida . . . . .	495
ÍNDICE ALFABÉTICO DE TÍTULOS EN INGLÉS . . . . .	XXI
ÍNDICE ALFABÉTICO DE TÍTULOS EN ESPAÑOL . . . . .	XXII



## PRÓLOGO

### EL HIJO DEL MINERO

Cuando a un traductor del siglo XXI le toca verter y prologar la obra de un clásico se enfrenta siempre a un arma de dos filos. Todo el mundo lo ha leído, todo el mundo lo conoce, se ha convertido en patrimonio de la humanidad lectora, se han escrito artículos, tesis y biografías sobre él y su figura ha cristalizado, se ha convertido en roca o en estatua de sal, en símbolo y paladín de esto o aquello, y hay que elegir entre adherirse sin fisuras a su legión de incondicionales y seguir recitando la doctrina que le ha acompañado a lo largo de los tiempos o alzar una voz de disenso y exponerse a las críticas de la mencionada legión, quedar como un impostor o un esnob o, peor aún, como alguien que no tiene ni idea y ha de llevar la contraria para que se hable de él. Por fortuna, ese traductor al que le encargan una nueva versión de un clásico lleva en su pecado la penitencia y todo lo que dice la historia, las tesis y la *vox populi* lo conoce ya, o debería conocerlo; su lectura será más profunda que la del más fiel de sus lectores, y el manejo del idioma del autor y de la dinámica de la traducción le permitirá, a este traductor arqueólogo, ahondar al menos una capa más, llegar más adentro. Llegar mejor.

D. H. Lawrence ha pasado a la historia de la literatura como autor erótico, si no pornográfico, decididamente obsceno, de los que hay que leer a escondidas, aunque actualmente ya no lo veamos ni lo leamos así. Desde el primer momento cubrió su obra un halo de sospecha que le convirtió en proscrito en vida y en emblema una vez muerto. Su biografía se ha estado resumiendo siempre en cuatro puntos obvios, cuatro líneas que si bien son ciertas y vitales, no bastan ni de lejos para definir su figura ni para determinar su valor: nació en 1885 en Eastwood (Nottinghamshire), en el seno de una familia minera de la que fue el cuarto hijo; anormalmente unido

a su madre, se fugó con la esposa de su profesor de inglés, que era seis años mayor que él, aunque después ella se divorció y se casaron; a pesar del casi total analfabetismo de sus padres llegó a estudiar con una beca en el Instituto de enseñanza superior de Nottingham (1898-1901) y posteriormente en la escuela universitaria de Nottingham (aún no era universidad de pleno derecho, lo que sirvió a Virginia Woolf para despreciar su falta de conocimientos), donde obtuvo un título de maestro que aprovecharía después para dar clase en una escuela de Croydon, Londres, adonde llegaría en 1908. Al finalizar el Instituto trabajó brevemente como administrativo en una fábrica de aparatos quirúrgicos de donde salió aquejado de una grave neumonía: durante la convalecencia visitó la granja de Hagg, hogar de la familia Chambers cuya hija, Jessie, ejerció una profunda influencia en su etapa formativa: compartían el amor por los libros, escribieron alguna pieza juntos, ella leía sus manuscritos y los corregía e incluso presentó a Ford Madox Ford algunos escritos de Lawrence para la revista que dirigía, *The English Review*; por encargo de Madox Ford escribió *El aroma de los crisantemos*, que Heinemann leyó, disparando su interés por el joven autor. Entre 1902 y 1906 había formado parte de un programa de prácticas de enseñanza en Eastwood que supondría su pasaporte a la capital inglesa y compaginó la escritura con su trabajo de docente. A pesar del interés de Heinemann y de haber ganado (1907) un concurso de relatos convocado por el *Nottingham Guardian* al que Jessie le animó a presentarse, continuó trabajando en el colegio antes de dedicarse por completo a la escritura. Hasta aquí, todo bien: un estudiante aplicado hijo de familia humilde, habituado a trabajar duro y consciente de lo que la formación puede hacer por un hombre de su clase.

Pero la figura de Lawrence, en su dualidad de ser humano y escritor, no puede dibujarse con cuatro líneas, por mucho que estas representen los cuatro rasgos por los que se le ha estado describiendo: era un personaje con múltiples facetas, tridimensional, y dinámico y encerraba en su interior un núcleo que era puro instinto, arrebato y contradicción. Entre otras cosas, Anthony Burgess le describe en su especial biografía *La vida en llamas* como «un perfecto prototipo de la incoherencia humana» (traducción de

Víctor Pozanco). Nos habla de él como un puritano obsesionado por la limpieza doméstica y en cierto modo sometido a los caprichos de su esposa, Frieda. Huido a Cornualles, más exactamente a Land's End (literalmente, donde acaba la tierra) vivió como un campesino, pobre y mal vestido: al parecer solo tenía un par de pantalones, y el día que tenía que lavarlos no podía salir de casa. Su aspecto y su modo de vida bohemio puso en guardia a las autoridades británicas, que en 1917 acusaron a la pareja de trabajar como espías de los alemanes.

Lo cierto es que Lawrence, el hombre, quería saber: era curioso, aplicado y no tenía miedo al esfuerzo. Estaba, además, dispuesto a hacer concesiones. Sabía que si se dedicaba a escribir las cosas no serían fáciles, y se enfrentó a lo que todo escritor —y en términos generales todo artista— se enfrenta a lo largo de su vida: la irregularidad de los ingresos, la necesidad de blindarse ante negativas y fracasos, contra *trepas* y enemigos y la piratería, que restaba el beneficio económico que podían granjearle sus obras, igual que le sucedió a Dickens. Pero a diferencia de Dickens, Lawrence no era un pragmático, sino todo lo contrario. Se inclinaba a resolver sus problemas, la mayoría de las veces, haciendo uso de las vísceras y no de la razón. Arremetía contra el *establishment*, contra la autoridad, contra las instituciones, los ricos, los poderosos y los esnobs, con tal furia que su propia fuerza se volvía contra él. Lawrence se desahogaba, dejaba salir la presión de la olla de su cabeza poniendo a parir a todo el que consideraba un obstáculo en su camino, aunque incluso en vida tuvo admiradores y amigos (Aldous Huxley, por ejemplo). Interesado por las teorías psicoanalíticas de Freud, que comenzaron a extenderse cuando él aún vivía, Lawrence habría sido un perfecto objeto de estudio para el médico vienés: complejo de Edipo, búsqueda de una mujer fuerte y dominadora a la que sin embargo él tiene que dominar en la cama, escarceos con la atracción homosexual, violento a veces, puritano y reprimido, aprovechó bien todo el material que la vida le dejó en la puerta para nutrir sus famosas novelas, donde las mujeres son siempre su madre, Frieda o la joven Jessie, los maridos mineros son por un lado maridos brutales, borrachos insensibles y dotados de más de un rasgo de animalidad y por otro seres vulnerables

en tanto que obreros que dependen de un patrono, peones de un tablero de juego que se rige por las normas del nuevo escenario, el de la Revolución Industrial, donde los hombres son simples piezas de un engranaje que la mayoría de las veces no se sabe quién maneja. De los conflictos de pareja surge siempre el afán de buscar en otro lado: amores imposibles, matrimonios infelices, seres sobre los que se ejerce un poder, dentro de una jerarquía, conquistas prometedoras que luego quedan en nada...

Lawrence contribuyó sin duda a la revolución sexual, aunque al leerlo ahora nos parezca ingenuo. Fue un pionero en la descripción de eso tan complicado –todos los escritores suelen coincidir en este punto– que son las escenas de sexo. Y en ese sentido puede decirse que su obra no ha envejecido bien, pero ¿quién quiere leer a un clásico como si fuera de hoy? Lo leemos para convencernos de que la raza humana no ha cambiado tanto, aunque –y esto es fundamental– haya cambiado el contexto social e histórico del autor con respecto al del lector. Para ver cómo la humanidad encaja en las mismas tesis ahora que hace cien o doscientos años. Y para aprender cómo escribían. Porque ellos nos enseñarán a hacerlo: leer, escribir y juzgar en el mejor de los sentidos del término. Aquí es donde entra el Lawrence escritor.

Vemos en los autores de principios del siglo xx un afán de ejercitarse en la escritura que se asemeja al de un atleta que se entrena. Su afán de perfeccionismo, de originalidad o de solidez (se me ocurre al pensar en Lawrence, Virginia Woolf y Thomas Wolfe, respectivamente) los lleva a escribir y reescribir sin parar un relato que para la mayoría de los escritores en ciernes ya podía publicarse sin pasar de su segunda versión. Edith Wharton nos recuerda que corrigiendo es como se hace uno escritor, y cualquiera que se dedique a un quehacer creativo tiene muy presente aquella frase de Picasso donde afirmaba que si llegaba la inspiración le encontraría trabajando. Los tres autores desarrollan una disciplina física para acometer su tarea, cada uno a su modo: al parecer Lawrence era capaz de escribir en cualquier lado, siempre que reuniera las condiciones mínimas de orden y limpieza, y Woolf tenía establecido un perfecto plan de trabajo que casi podría considerarse antecesor de la hoja de Excel. Ambos, como también el estadounidense Thomas